Algunos hay que aprecian los libros por el lujo de la pasta: estos se parecen á los que aprecian à las personas por el traje que llevan, sin ver que bajo un rico vestido se puede ocultar un hombre de costumbres depravadas.

Bajo ásperas montañas, se esconde el precioso metal: bajo un viejo pergamino se encuentra muchas veces el mérito y la sabiduria.

Muchos forman sus bibliotecas únicamente de novelas, siendo su instruccion puramente novelesca, es decir, falsa. La novela no es otra cosa sino humo, y el que busca ese humo, y funda sus conocimientos sobre humo, ¿qué cosa podrá producir sino humo tambien?

Bueno, muy bueno es comprar libros, siempre que se compren para estudiarlos; pero inútil y aun reprensible cuando no tienen otro objeto que el de adornar las bibliotecas de los vanos.

Del talento.

De la mas ò ménos perfecta organizacion del hombre resulta el mas ó ménos talento de este.

Don es el talento de un valor inapreciable, porque aquel que ha nacido sin él no lo podrà adquirir ni con todos los tesoros de la tierra, ni por muchos esfuerzos que haga para conseguirlo estudiando sin cesar noche y dia.

Pocos son los hombres de talento; pero mas pocos los que hacen buen uso de ese talento.

Los que emplean el talento, que han recibido de Dios, en asuntos bajos y despreciables, son semejantes á aquellos hombres que, habiendo heredado grandes riquezas de sus

padres, las malgastan corrompiéndose con ellas y corrompiendo á los demás.

Cualidad recomendable es el talento, y en cosas recomendables debe emplearlo el hombre.

Privilegiada es de Dios la criatura que nace con talento, porque con este don, comprende con facilidad las cosas que para otros son oscurísimos arcanos.

El hombre escaso de talento, por mucho que se afane, y por mucho que se aplique al estudio, no hará mas que retener en la memoria aquello mismo que ha estudiado. El hombre de talento apenas dá un ligero repaso, cuando comprende todo, y aumenta á las doctrinas del libro que estudia, nuevas ideas reproducidas por su talento.

Aseméjanse estos dos hombres, uno á las tierras áridas y otro á los terrenos feraces. En vano trabaja el labrador en las primeras sin descanso alguno, pues apenas recoje por premio á sus afanes, alguno que otro fruto mezquino; al paso que en los segundos con solo arrojar el grano, y sin necesidad casi de cultivo, mira el labrador abundante cosecha que le enriquece, y con la cual enriquece y sustenta á otros mil. ¿No seria, pues, un crímen, que en aquellos terrenos feraces, sembrara el labrador, en vez de provechosos frutos, abrojos y malezas? ¿No será un crímen

que el hombre de talento que estudiando cosas dignas daria á la sociedad grandes bienes, se entregue á la lectura de falsos filósofos, lectura que solo sirve para corromper su corazon, haciendo que su talento solo produzca màcsimas inmorales, y perniciosas doctrinas?

La luz del sol nos ha sido concedida para que nos alumbre y dé á los campos el calor fecundante; no para que nos ciegue y queme las plantas.

El talento le ha dado Dios al hombre para que enseñe la verdad, y siembre en el corazon de sus semejantes las virtudes salvadoras, no para que le ofusque y lleve por estraviada senda, obligando á que los demas le sigan y se despeñen con él.

Por eso el talento por sí solo no le basta al hombre para que se juzgue superior á los demàs. El campo sin cultivo, por feraz que sea, nada produce.

Preciso es educar ese talento por medio de escelentes obras, para que dé prevechosos y abundantes frutos; como es preciso esplotar una rica mina para que produzcan sus abundantes vetas el precioso metal que guardan.

El talento sin cultivo, se parece al diamante en bruto que, aunque apreciable por sí, no tiene aquel valor que pulimentado.

El talento cultivado, rio caudaloso es que

corre por vegas y viñedos, dando vida á las plantas todas.

El talento mal dirigido es semejante á la preciosa margarita arrojada en un inmundo lodazal.

El talento bien dirigido, á la estrella nàutica que está señalando siempre al norte y que conduce al nauta á seguro puerto.

¿De qué te sirve el oro, si solo lo empleas en satisfacer deseos sensuales? De destruir tu vida, y de arrastrarte á un estado lamentable de padecimientos fisicos.

¿De qué te sirve el talento, si solo lo usas en escribir mácsimas corrompidas? De destruir tu moral, todo lo bueno que tenias, y de vivir despreciado de la gente sensata, y de morir lleno de remordimientos.

¿Tienes talento? No hagas uso de èl hasta que no lo hayas cultivado por medio de la moral cristiana, de la verdadera filosofia, que son las bases sólidas sobre las que se levanta la luz de la eterna sabiduría que conduce al hombre á la completa felicidad.

El talento basado sobre principios corrompidos, es semejante al palacio edificado sobre terreno fangoso que se hunde, sepultando en el cieno á los que se cobijaban bajo de sus techos.

Cloca tu talento sobre los sòlidos cimientos de la religion: colócalo en el camino de

la verdad, diríjelo por la senda de la moral y serás sábio como nadie, útil á la sociedad, digno de Dios, y provechoso al mundo y á tí mismo.

Del conocimiento de Dios viene el conocimiento de la sabiduría: del conocimiento de la sabiduría, el desarrollo del talento. Conoce á Dios y conocerás la sabiduría, la verdad que guia al talento por el camino del deber y de la felicidad social.

El talento sin moral cristiana, es semejante al fogoso caballo que sin freno que le sujete ni rienda que le dirija, corre desbocado, atropellando cuanto encuentra, y siendo él mismo al fin víctima de su libertad.

¿Qué son los escritos de los hombres de talento, sin instruccion religiosa ni moral cristiana? Partos monstruosos, delirios de una imaginacion calenturienta, rayos de luz sin calor que deslumbran, ficciones màgicas que deleitan, pero que no instruyen, palacios encantados que se derrumban al tocarlos con la vara de la filosofia, manjares vistosos que halagan y no sustentan.

No crió Dios los peces, las aves y los sabrosos frutos de la tierra, para que los pisara y despreciara el hombre, sino para que le sustentaran. No le ha dado Dios el talento á la criatura para que lo desprecie y lo cor-

rompa, sino para que con él sea útil á la humanidad y á sí mismo.

Si tienes la dicha de estar dotado de talento, huye de las novelas inmorales, y aprovecha el tiempo que habias de perder leyéndolas, en el estudio de los filósofos cristianos, en el estudio de la verdad, y en el estudio de la historia: porque de este estudio sacarás alimentada tu alma, encendida tu fè, è iluminado tu entendimiento.

Las novelas inmorales están levantadas sobre cimientos de arena, escritas en la arena y con arena, pues no son otra cosa la vanidad, el orgullo y la ciencia del impío: el que estudia en ellas ¿qué otra cosa podrà alcanzar sino arena?

No quiero decir con esto que el hombre de talento no deba de vez en cuando recrearse con esas obras que entretienen y refrescan el ánimo cansado, siempre que no se opongan à la moral, no. Bien parecen sobre un sólido palacio los adornos y las almenas que le dan elegancia y vista.

Hombres hay de gran saber que no tienen talento, y hombres hay de gran talento que carecen de saber: ambas cosas deben concurrir en un escritor que desea instruir á la sociedad.

El talento es creador; pero estas creaciones deben ser hijas de la verdad, luces nue-

vas que aumentan la claridad de las obras de los sábios, y que sirven para alumbrar algunas ideas oscuras que entorpecian al jóven estudioso el conocimiento de alguna verdad.

Cuando la luz de la razon y el talento marchan unidos, mácsimas útiles salen de la mente del escritor: cuando á la luz de la razon y el talento acompaña el saber, entonces llegan casi à un grado perfecto sus obras.

El talento para el sábio es lo que el timon para el buque: él es el que lo gobierna y el que le dirije al punto que desea.

No consiste el talento en esa disposicion que algunos tienen en escribir cosas lijeras y composiciones fugitivas, ya en verso, ó ya en prosa. El talento se revela en aquel don de invencion, en aquella concurrencia de ideas nuevas y luminosas, en aquella facilidad de resolver las cuestiones mas oscuras, ya valiéndose de símiles propios, ya presentándolas con una claridad que encanta. El hombre de talento aun en aquellas materias que no entiende, discurre con tal precision, hace tales observaciones, y raciocina de una manera tan clara, que no puede pasar confundido entre los demas hombres.

La ciencia se adquiere per medio del estudio; el talento no: el talento nace con el hom-

bre. Por eso son mas los hombres de saber que los hombres de talento.

El talento es un don concedido por Dios: el saber es debido á los esfuerzos del hombre estudioso; y nunca los esfuerzos del hombre, por estudioso que sea, podrán rivalizar con un don de Dios: por eso los que este don de talento tengan, deben estudiar con empeño, porque con él y con el estudio, llegarán á ser dignos depositarios de tal bien, y útiles à la sociedad.

Así como procuras emplear bien las riquezas, trata tambien de emplear tu talento, que es una riqueza de inestimable valor, que no se puede adquirir ni con todos los tesoros que encierra el mundo; porque así como daña mas à la sociedad aquel hombre poderoso que emplea sus bienes de fortuna en saciar sus innobles pasiones, que le es útil el rico que los emplea honrosamente; daña mas al mundo entero el escritor que abusa de su talento escribiendo cosas que se oponen á la sana moral, que aprovecha el que lo emplea en presentar composiciones útiles á la sociedad y á las buenas costumbres.

Mas te valiera carecer de talento, que emplearlo mal.

¿Qué importa que tengas mayor talento que los otros, si tienes mas debilidades y mas corrupcion que ellos?

La pobreza, al hombre honrado, no deshonra; pero al rico á quien sus vicios le han conducido á ella, á ese la pobreza le hace despreciable.

El carecer de talento no es bochornoso para el hombre; pero vivir en la ignorancia por haber disipado el talento en escribir cosas despreciables y dañosas, envilece.

Espuesto está el hombre de talento à ser orgulloso, porque la superioridad que le dá su talento sobre los demas hombres, le obliga á que mire à estos con desprecio.

Nunca parece mas bien el rico en bienes de fortuna, que cuando sin hacer ostentacion de sus riquezas, es afable con el pobre, y benéfico à la vez.

Nunca brillarà mas el hombre de talento como cuando la modestia sea su compañera inseparable y trate al ignorante conbenevolencia, sin hacer ostentacion de un don con que Dios se ha dignado dotarle.

Considera que la superioridad que te dá tu talento sobre los demas, se la debes à la educacion, á la proporcion que has tenido de cultivar ese talento, que no han podido hacerlo otros mil que quizás tienen mas delicado que tú; porque sucede con los talentos lo que con los preciosos metales, que son mas los que se esconden en las entrañas de

la tierra, que los que circulan para bien de los hombres.

Siendo mayor el número de gente que se dedica al cultivo de la tierra y á otros ejercicios corporales, que el que se entrega al estudio ¿quién duda que la mayor parte de los talentos quedan sepultados entre los labradores, entre los artesanos y el miserable pueblo, como quedan las preciosas piedras, la plata y el oro en las minas que no se benefician?

Esta reflecsion debiera hacer el hombre de talento para no dejarse llevar de una vanidad ridícula.

El hombre de talento jamas debe hablar magistralmente á nadie, sino esponer sus ideas con moderacion, manifestando deseo de no herir, y sí empeño de escuchar las opiniones de otros para aprovecharse de sus observaciones.

El que tiene claro talento y lo ha cultivado con obras buenas, precisamente ha de guardar moderacion en el trato humano, así como en sus escritos, porque no se le puede ocultar que el talento es un don que él nada ha hecho para adquirirlo, y las vigilias que aun estando dotado de él sufre el hombre para adquirir algun saber.

De las comparaciones.

Grande es el afan que se nota en la mayor parte de los escritores por llenar sus producciones de tantos símiles como palabras hay en ellas.

Siempre han servido las comparaciones para aclarar mas los pensamientos, y en todos tiempos han usado de ellas los escritores; pero las han usado con moderacion y con propiedad. Hoy no sucede generalmente esto, sino que, juzgando que el amontonamiento de símiles dá mas realce á las composiciones, los escritores se vician y los presentan à cada paso, cuidándose mas del número de ellos que de su esactitud.

Buena es la miel sobre los manjares sustanciosos que alimentan, porque en corta can-

tidad agrada al paladar y dá digestion á la comida; pero no es bueno tomarla con esceso, porque llegaria á hacerse fastidiosa.

Buenos son los símiles para adornar una produccion y para ayudar al mismo tiempo à la imaginacion à que comprenda las ideas; pero deben usarse con moderacion y no con esceso, porque entónces dañarian y cansarian al lector.

Hacer comparaciones esactas, revela talento; hacerlas inesactas, indica pedantería.

Algunos queriendo ser sublimes en sus símiles, vienen á ser impíos, comparando cosas terrenas y despreciables, con divinas y sin mancha.

Estos se parecen á los ciegos que confunden el agua sucia del lodazal con las linfas puras de un limpio arroyuelo.

Apenas hay ya un autor que no le diga á su amada que es pura y hermosa como un ángel.

¡Ecsageraciones dañosas que, en vez de embellecer las producciones son lunares feísimos que las oscurecen!

Un autor moderno y de talento, hablando y encareciendo el amor, pone en boca de un personage estas palabras.

Yo tambien, muger, he amado;
¡Es tan hermoso el amar!
¡Pecado! dale otro nombre:
Esa es la vida, es la luz:

El mismo Dios, no te asombre,
Murió por amor al hombre
Enclavado en una cruz.

¿Y es esacta esta comparacion? El amor de Dios es desinteresado: amor puro que se estiende á todos los hombres, sin escepcion de clases, edades y secsos: cuando el amor del hombre á la muger es una pasion carnal, pasion ciega que le arrastra á los mayores escesos, que le obliga à ser injusto, y que pide por premio, amor de la mista especie, juramentos de amor mundano, de pasion sensual.

Las cosas que se comparan han de guardar semejanza, verdad entre sí, porque solo de esta manera sirven para aclarar las ideas.

Las cosas comparadas han de guardar proporcion entre sí. Una cosa sublime y alta, jamas deberà ser comparada con otra insignificante y baja.

Te ofendes de que comparen á uno del bajo pueblo contigo, y no quieres que se ofenda Dios de que compares á una muger con los divinos ángeles.

Cuidadosos deben andar todos los escritores en la eleccion de los símiles; pero mas particularmente los predicadores, porque una comparacion falsa dañaria à la verdad en vez de iluminarla, y este daño seria en funesta trascendencia al catolicismo. Por es-

te motivo deben los predicadores, al tratar algun misterio ó sacramento augusto, incomprensible a la débil inteligencia humana, no usar de comparaciones, porque las cosas ocultas al hombre ¿con qué las podrá comparar? Las cosas que el mismo Dios quiso ocultar con un velo impenetrable, para que algo deba el hombre à la fé, ¿cómo podrá el mortal presentarlas valiéndose de símiles terrenos?

Para descorrer misterios divinos, inteligencia divina seria preciso tener.

Ya que el conocimiento de Dios es el principio de la sabiduría, en todo sermon seria útil que el predicador empezara manifestando la ecsistencia del Ser Supremo, el fin con que le dotó al hombre de una alma inmoral, y como Jesucristo no pudo ser sino el hijo de Dios, presentándole tal cual fué en su irreprensible vida, porque todas estas no son cosas que Dios ha querido ocultarnos, sino cosas en las que tiene particular empeño en que las conozcan. Demostrada, como claramente puede demostrar la ecsistencia de Dios, la inmortalidad del alma, y que Jesucristo no podia ser otro sino el hijo de Dios, evitada tenemos la necesidad de poner símiles que espliquen ninguno de los misterios, pues con la luz que derraman estas verdades, preciso es que se despierte la fé que

trae su orígen del conocimiento de la grandeza y poder infinito de Dios.

Para probar cuan fácil es deslizarse en las comparaciones, al tocar el punto delicado de los misterios, pondré una comparacion de un sacerdote, cuyas doctrinas son la fuente de vida eterna y de salvadora virtud.

Al hablar del misterio augusto de la Encarnacion del Hijo de Dios, dice: ¿Cómo concibió la Vírgen María sin detrimento de su virginidad? A la manera que el rayo del sol entra por un cristal sin romperlo ni mancharlo.

Feliz, esacta parece la comparacion, y yo por mucho tiempo la tuve como la mejor, como la mas propia para espresar misterio tan profundo; pero para que se vea que en los Misterios que Dios procurò ocultar à los hombres, para que algo debieran á la fé, no puede haber comparaciones esactas, ecsaminémos filosóficamente la respuesta, y notarémos que no es fiel la comparacion; porque aunque es cierto que el sol entra por un cristal sin romperlo ni mancharlo, no entra sin tocarlo, como entrò Jesucristo en el vientre de la intacta Vírgen, sin romper, manchar ni tocar.

Si indispensable es al hablar de las cosas profanas que haya esactitud en los símiles, con mucho mas motivo deberá haber esa

esactitud en las cosas que pertenecen á la religion, porque la religion es nuestra salvadora, y al hablar de ella es preciso no pronunciar palabras que no correspondan à la hermosura y à la verdad de ella.

Comparaciones hay en las obras de los autores profanos, que deslumbran tambien, pero que ecsaminadas dejan ver un fondo de inesactitud.

No citaré para probar este aserto la rutina que hoy siguen muchos autores de conciencia elástica, que se deleitan en comparar el corrompido amor que consagran á una muger, con el amor que los ángeles tienen à Dios: la belleza de la hermosa de sus pensamientos, con la hermosura de la Madre del Eterno, como lo hace un autor moderno en estas palabras:

Porque eres tú mas hermosa
Que la Vírgen y el altar;

Y otro escritor que dice:

Que un beso suyo da vida
Lo mismo que el Criador.

Comparaciones todas altamente impías, que las rechaza la razon y que la sana moral y la religion condenan.

Comparaciones nacidas del corrompido gusto y de la ignorancia, pues ignorante es aquel que ignora quién es Dios, por mas conocimientos que tenga en las ciencias escri-

tas por los hombres. No citaré, repito, comparaciones semejantes à estas, que por sí solas manifiestan su falsedad, sino que presentaré alguna de algun otro autor mas moral, para que se advierta lo fácil que es caer en inesactitudes al hacer comparaciones con el objeto de iluminar el pensamiento.

Dice un buen escritor de universal reputacion, hablando de una obra: "No se nos oculta que ha debido perder bastante en la traduccion, pues esta clase de producciones ligeras y casi poéticas, frutos de una inspiracion original, ràpida y profundamente sentida, reciben su principal encanto del estilo peculiar del autor: es grato verlas en el estado en que brotan espontâneamente de la cabeza ó del corazon que las produce, como una florecilla en un valle fecundo.

A primera vista no hay duda que parece esacta la comparacion; pero analizàndola detenidamente verémos que las producciones morales que agradan como la florecilla, dejan algun fruto en el alma del que las lee, al paso que la florecilla que produce el valle fecundo, ningun fruto provechoso deja.

Estas dificultades deben de tener presente los escritores para no poner comparaciones inesactas.

No hay duda en que las comparaciones hechas con propiedad agradan à la vez que

iluminan; pero es cuando estàn colocadas con acierto. Copiaré una de la literata Ana María, por parecerme esacta, y que por lo mismo podrá servir de ejemplo.

Hablando de una jóven á quien un santo sacerdote ha vuelto à la vida, obrando un milagro, dice:

«El matiz amoratado del rostro se va desvaneciendo por grados, y á él succede una diáfana blancura, en la que ya serpean algunas tintas rosadas. La sangre cuajada en las venas se calienta bajo la mano estendida del anciano, recobra su movimtento, circula, va á colorar sus labios y va á desleirse en suave carmin sobre las megillas.

Como un rio helado recobra su corriente à los vivificantes rayos del sol, así la vida se precipita de nuevo en el cuerpo de la vírgen á la palabra de fuego del anciano: su turgente pecho respira, y la muchedumbre atónita, oye ecshalarse de él un lánguido suspiro."

Tambien el célebre Espronceda tiene entre otras esta comparacion hermosa:

Hojas del árbol caidas,
Juguete del viento son:
Las ilusiones perdidas,
¡Ay! son hojas desprendidas
Del àrbol del corazon.

Esto es manifestar talento: esto es ser oportuno y esacto en las comparaciones; y esto

es, en fin, dar vigor, fuerza y hermosura al pensamiento.

Comparar una cosa perecedera y mezquina con una eterna y divina, es un error crasísimo, un defecto imperdonable, una blasfemia inaudita.

He dicho ya en otro artículo intitulado: "Mugeres Escritoras," que toda ecsageracion es un defecto; la decadencia de la literatura comienza desde que la verdad se desprecia, creyéndola débil.

El que compara una cosa mezquina y corrupta con una imperecedera y pura, huye de la filosofia, corrompe la literatura y perjudica á la juventud estudiosa.

¿Qué dirias de un hombre que te hubiera vendido piedras falsas por escelentes brillantes, colocàndote las unas al lado de los otros, conociendo tu ignorancia sobre esta materia? Sin duda que le tendrias por un malvado, que abusó de tu falta de conocimiento. Pues teme que esto mismo digan de tí los que han bebido en tus falsas comparaciones el veneno de la impiedad

Las cosas que se comparan, deben tener relacion con aquellas á que son comparadas, para que el pensamiento sea claro, que es la principal belleza en toda produccion.

Huye de toda ecsageracion, si quieres que tus símiles agraden, no olvidando nunca

iguales circunstancias, y cumplir como corrector de los defectos, el articulista de teatros debe al querer criticar las faltas de un actor, no mentar su nombre, sino decir: *el que desempeñó el papel de este ó de aquel personage incurrió en estos defectos*, &c., porque así el actor sabia que de él hablaban, y agradecido á la fineza del crítico, procuraria enmendarse.

Tambien debe el articulista de teatros al criticar la impropiedad del trage con que se presenta en la escena á un personage, señalar el vestido propio de la época en que vivió, porque tal vez el actor por ignorancia incurriò en una falta que de otro modo la hubiera evitado.

La imparcialidad debe ser la norma de todo escritor, para no caer así en ese defecto despreciable de la lisonja ò de la mordacidad.

Preciso es que el escritor tenga afecciones por algun actor; pero estas afecciones deben ceder un momento á la justicia, para poder advertir sin pasion los defectos, y alabar el acierto en el desempeño, no ya del amigo, sino del artista público.

Las lisonjas envanecen; la mordacidad acobarda y mata; la imparcialidad alienta y aprovecha. Sé imparcial, y los actores y el público te tendrán en gran estima, porque

todos verán en tí al escritor veraz, amante únicamente de la sencilla y hermosa verdad.

Sé enemigo de los defectos, no de las personas; y atacando aquellos y señalando á estas sus deberes, conseguirás la estencion de los primeros y el aprecio de las segundas.

Ya que el teatro no sea una escuela de moral, tampoco debe serlo de inmoralidad; para la cual el articulista de teatros deberá atacar severamente aquellos dramas cuyo asunto se oponga á la religion y á la sana moral; y digo severamente porque con aquello que daña à la religion y á la sana moral no se debe disimular ni aun la cosa mas ligera, porque el castigo debe ser proporcionado à la cosa à que se hizo la ofensa.

Los ligeros defectos en un buen actor muchas veces será bueno que los disimule el escritor; pero jamas la mas leve falta de moral en la pieza dramática; porque los leves defectos del primero son hijos de la imperfeccion humana, al paso que la falta de moral es de funesta trascendencia á la sociedad.

Tampoco basta que el articulista diga: *tal papel estuvo mal desempeñado*, sino que es preciso, indispensable, que dé las razones que prueben su aserto, para que así el actor conozca en qué consistió su falta, y trate de enmendarla en lo sucesivo.

El buen médico no se contenta con decir al enfermo la enfermedad que padece, sino que señala los medios para curarla.

Mas provechosas les son á las plantas el suave riego de los arroyuelos que la impetuosidad de los torrentes. Los primeros las limpian y las hacen fructificar: los segundos las destruye para siempre.

La crítica justa y razonada limpia los defectos y hace que el actor adelante, al paso que la mordacidad destruye sus esperanzas y su carrera artística.

El público, generalmente hablando, no es mas que el eco de la opinion de aquel que escribe: así es que muchas veces vemos actores de bastante mérito á quienes el público no se atreve á aplaudir, temiendo caer en la nota de ignorante con daño del actor cuyo nombre corre impreso por todas partes en aquel papel que lo desconceptúa, y que le roba tal vez el recurso de que otros empresarios de otros teatros le ocupen.

¿Y no es un crímen este que parece inocente desahogo del escritor? ¿Con què podrá pagar el autor de esos artículos el mal que hace al desgraciado artista?

Justo, muy justo es criticar los defectos; pero critíquense de la manera que he dicho, nombrando al personage del drama y no al actor, porque éste como ya sabe que de él

tratan, procurará corregir sus defectos, sin que su nombre sufra menoscabo alguno.

Saludable es el piquete de la sanguijuela que chupa la sangre dañada del enfermo; pero pernicioso el de la venenosa víbora que mata.

Util es la crítica que corrige los defectos; pero perniciosa la que destruye la reputacion del actor.

No es buen maestro el que no sabe disimular las faltas leves de sus discípulos. No es buen crítico el que no deja pasar algunos ligeros defectos en el actor.

Las advertencias hechas con afabilidad disponen bien el ánimo del que las recibe, y dan mas felices resultados que la acritud; porque la acritud ofende y rebela el corazon contra el que hiere nuestra susceptibilidad.

Al actor se le debe suponer con deseo vehemente de adelantar para agradar al público, porque de su adelanto depende su fortuna. Así es que se le debe suponer tambien dispuesto à aprovecharse de las advertencias que le hagan respecto á los defectos que tenga indispensables en todo hombre. Y siendo esto una verdad, mas aprecio hará de aquellas correcciones dirigidas por el buen espíritu, que de las hechas por el deseo único de mortificar su amor propio.

Si el articulista de teatros no olvida estas verdades, los actores tendrán en él un amigo útil, y el público un abogado de las buenas costumbres y del buen gusto.

Biógrafos.

Pocas biografías están escritas con imparcialidad. Apenas hay hombres de algun mérito ya artístico, ó ya literario, á quien los biógrafos no hayan tratado de darle un mérito relevante, contándole como gran genio, aún antes de que estuviera en estado de poder dar à su imaginacion aquel giro que solo la edad puede dar á las ideas.

¿Se trata de escribir la biografía de un gran compositor de música? á los cinco años, dirà el biógrafo, tocaba piezas dificilísimas con un gusto y una limpieza admirables: á los ocho era escelente compositor: á los diez con solo oir una sola vez una ópera, la escribia sin perder una nota. ¿Se trata de un poe-

ta? desde niño, dirà el biógrafo, asombraba con su claro talento á sus maestros: á los seis años escribia escelentes composiciones, á los diez traducia las obras de los mejores autores griegos y latinos, y à los doce era ya otro Lope de Vega. Con muy pocas escepciones, los biógrafos nos presentan à todos los que han figurado en alguna línea, como modelos de aplicacion y como grandes autores desde sus primeros años, desde aquella edad en que no le es dado casi pensar al hombre.

Bueno, muy santo es el objeto que llevan los biógrafos al escribir así; pero como la esperiencia nos muestra que el talento y la aplicacion al estudio en los primeros años, son dos cosas que, por desgracia, suelen ir separadas, provechoso seria que los biógrafos hablaran con menos pasion de aquellas personas á quienes pretenden ensalzar.

El jóven dotado de talento, generalmente es desaplicado: apenas abre un libro y lo hojea, y entra á cátedra confiado en su talento. Lo contrario sucede con el de corto talento; pues conociendo su poca capacidad, se aplica al estudio, porque es el único recurso que le queda para seguir à los otros.

El jóven de talento es aplicado cuando la reflecsion tiene lugar en su mente; y entonces, en un instante llega á un grado de perfeccion que deja asombrados á sus mismos

maestros, que ignoraban el tesoro que en aquel jòven, desaplicado hasta entònces, tenian.

El deseo de saber, se desarrolla con la edad, y este deseo ayudado por el claro talento, fuerza es que produzca hombres admirables con los cuales se honran las naciones.

Aunque las ciencias y las letras pertenecen à todas las naciones, no deben los biógrafos dar à una poblacion el hombre célebre que no ha nacido en ella, porque deben no olvidar que se juzgarà ofendido el pueblo al cual despojan de uno de sus mas ilustres hijos.

Procure inspirar en buena hora el biógrafo en sus lectores, deseos nobles para que traten de imitar al hombre que ensalzan; pero sin despojar á otro país del hijo que le pertenece.

El biógrafo no viene à ser mas que el historiador de la vida de un hombre; y como la historia no debe ser otra cosa sino la manifestacion de hechos ciertos, el biògrafo que desfigura estos, falta á su deber, y engaña al público que lee como cosa cierta una cosa falsa.

Antes de escribir la biografia de alguno, mira bien si tienes suficiente imparcialidad para manifestar los defectos de sus obras: si estás seguro de la verdad de los hechos que vas á narrar, y si tienes un fondo de moral reli-

giosa que no transije con las mácsimas disolventes de la impiedad.

La religion y la moral son la base principal de la felicidad de las naciones; y donde quiera que el biógrafo vea palanqueada esta base, allá debe acudir y mostrarse inecsorable contra aquel que pretende desmoronar el salvador edificio del bien eterno del hombre.

El sábio mèdico obrará muchas veces con acierto no atacando aquellas dolencias que no son peligrosas; pero seria un malvado ó un ignorante si dejase sin atajar la gangrena de un dedo por parecerle cosa pequeña, pues inmediatamente iria el mal cobrando cuerpo, y acabaria por matar á aquel que con facilidad se hubiera salvado.

Gangrena de la sana moral son las mácsimas irreligiosas, y atacarlas fuertemente es deber del escritor para que no pase al cuerpo de la sociedad y la corrompa y la mate.

Digno de alabanza es el empeño que algunos escritores tienen en dar á conocer á las personas notables, y despertar así en la sociedad el noble deseo de imitarlas; pero no por esto deberán apartarse de la verdad. Presenten á los personages como fueron, elogiando lo bueno que tuvieron, al lado de lo malo, y así se haràn aún mas hermosas las cualidades bellas, y lamentará el lector los

lunares que junto á ellas advierta, y al lamentarlos, tendrá mas empeño en imitar lo bueno y huir de lo malo.

No debe el biógrafo, por complacer y atraerse la estimacion de aquel de quien habla, elogiarlo hasta un grado de ecsageracion que revele su parcialidad. Ni debe tampoco cuando la persona empieza su carrera, compararla con las mas distinguidas notabilidades del mundo, porque ademas de que estas comparaciones serian falsas, porque nadie empieza siendo maestro, dañaria con sus elogios á la persona elogiada, á la cual nadie disimularia la menor falta, teniéndola por una cosa escelente. Al principiante se le debe alentar; pero nunca ponerle en comparacion con ninguno que haya figurado ó figure en su género, porque así el público sabrá admirar lo bueno y disimular los efectos en que indispensablemente tiene que incurrir el que empieza.

Algunas biografías he leido llenas de inesactitudes, donde á un autor le dan las obras de otro con daño de aquel que se fatigò en escribirlas; y en donde le hacen nacer á un gran escritor en Madrid, cuando vió su luz primera en Bermeo. Estas faltas traen su orígen de la ligereza del biógrafo, que guiado por el dicho de cualquiera, asienta en su

libro yerros sin número con daño de la verdad y del público.

Antes de ponerte á escribir la biografía de algun gran hombre, recoge los datos mas esactos, y desecha todos aquellos que presenten alguna duda; pues mas vale presentar la verdad sola, aunque tu produccion sea corta, que grandes volúmenes llenos de falsedades en las que aquella está como sepultada.

El biógrafo de personas contemporáneas debe tener presente que sus escritos pasaràn á la posteridad, y que serviràn á otro para hablar de la misma persona, y que incurrirà indispensablemente en errores, si él no trata de escribir la verdad sencillamente.

Cualidades que deben concurrir en todo escritor.

La moderacion y el escaso mérito que juzgue el autor que encierran sus obras, son la mejor recomendacion que pueden hablar en su elogio, porque pocos hombres hay que se dediquen á las letras, que estén libres de la concupiscencia de la gloria literaria, concupiscencia tan comun entre los escritores como es comun la concupiscencia de la carne en el resto de los hombres. Aquel, pues, que se mire libre de ella ó que la domine, será el escritor mas recomendable y mas útil á la sociedad.